

Hacer frente a la pandemia: desigualdad multidimensional y personas en situación de calle

Erick Ricardo Barajas Guerra

Licenciado en Sociología y Maestro en Ciencias Sociales. Universidad de Guadalajara. Líneas de investigación: desigualdad, personas en situación de calle, desarrollo social

e.barajasguerra@gmail.com

Recibido 27/2/21-Aprobado 31/3/21

Resumen

Desde hace más de un año vivimos en un mundo pandémico. La expansión del COVID-19 no solo ha sido un fenómeno biológico y sanitario, sino que se convirtió en un hecho social total. Cada aspecto de nuestras vidas ha sido condicionado por la existencia de la pandemia, muchas cosas han cambiado y pueden que nunca vuelvan a ser como antes. Los efectos de ello no se han sentido de la misma forma en todas las personas, dado que las condiciones estructurales de un gran sector de la población los ponen en una desigualdad con características multidimensionales. El caso de las personas que viven en las calles da cuenta de ello, al ni siquiera poder acatar las pautas básicas para protegerse del nuevo virus que atenta contra la humanidad. Este trabajo es un aporte al marco teórico necesario para comprender la forma en que un hecho social total, afecta de manera diferenciada a quienes se encuentran en condiciones marcadamente desiguales.

Palabras clave: desigualdad multidimensional, discriminación, hecho social total, pandemia, personas en situación de calle

Abstract

Since more than a year we have been living in a pandemic world. The spread of COVID-19 has not only been a biological and health phenomenon, but has become a total social fact. Every aspect of our lives has been conditioned by the existence of the pandemic, many things have changed and may never be the same again. The effects of this have not been felt in the same way by all people, given that the structural conditions of a large sector of the population place them in an inequality with multidimensional characteristics. The phenomenon of people living in the streets is a case in point, as they are not even able to comply with the basic guidelines to protect themselves from the new virus that threatens humanity. This work is a contribution to the theoretical framework necessary to understand the way in which a total social fact affects in a differentiated way those who find themselves in visibly unequal conditions.

Key words: multidimensional inequality, discrimination, total social fact, pandemic, homeless

Introducción

El mundo entero ha vivido las consecuencias de la pandemia actual debido al esparcimiento del COVID-19. Durante mucho tiempo se seguirán sintiendo los estragos que este fenómeno ha dejado en la vida de toda la humanidad. Muchas cosas ya se han dicho sobre la pandemia, muchas otras se seguirán diciendo conforme pasa el tiempo. De cierta forma, gran parte de lo que se ha conocido sobre estos eventos tiene que ver con la forma en que la vida de las personas ha cambiado y las

cosas que podrían quedarse por mucho tiempo, ya que la pandemia se convirtió rápidamente en un hecho social total (Mauss, 1979).

Se habla de la pandemia como un azote sobre la vida de las personas (cuestión que es cierta), sobre los efectos que causa, los daños muchas veces irreparables que deja, la afectación a la economía y la vida social de los habitantes de todas partes del mundo. Sobre todo, se hace énfasis en las muertes que este fenómeno ha causado y seguirá causando hasta que se pueda contener definitivamente.

La posición que tiene un sujeto en la estructura social es el primer elemento del que se parte para enfrentar la pandemia. No lo hace como un individuo aislado, sino en relación a otros. Además, enfrentar la pandemia y sobrevivirla es un proceso subjetivo, pues la posición social en relación a su apreciación significativa sobre el mundo, también es parte de la experiencia de haber vivido la pandemia.

Es cierto que la pandemia se ha sentido como un azote, pero también ha hecho que se demuestre la forma en cómo la humanidad sobrevive, de cómo enfrenta los problemas y trata de resolverlos. Los efectos de lo sucedido en este último año no han sido los mismos para todos los sectores de la sociedad (Ramonet, 2020). La desigualdad existente condiciona la forma en que se percibe y se siente realmente lo que el COVID-19 ha dejado a su paso. Quienes tienen una posición más ventajosa en el sistema de estratificación cuentan con más oportunidades para sobrevivir la pandemia. Algunos elementos que influyen en ello son la posesión económica para solventar las necesidades de manera más amplia y resistiendo los efectos de la crisis. También tienen mayor movilización del capital social necesario para acceder al sistema de salud en caso de ser requerido. Incluso, pueden seguir con algunas actividades de recreación y educación en sus propios espacios.

El caso contrario de ello son todas esas personas que se ubican en lo más bajo de la escala social, muchos incluso siendo catalogados de manera despectiva en el concepto de *underclass* (Wacquant, 2007). Es la población cuyas condiciones de vida están en suma precariedad y vulnerabilidad; cuya posesión de capital, tanto social como económico, es muy inferior respecto a las personas que tienen mayor solvencia y que pueden resistir el efecto de la pandemia de manera más controlada. Uno de los ejemplos más claros de estas poblaciones son las personas en situación de calle (PSC), cuyas condiciones sociales están marcadas por la existencia de desigualdades múltiples (Reygadas, 2004), cosa que los hace más vulnerables frente a la pandemia.

En este trabajo se describen elementos teóricos necesarios para futuras investigaciones, acerca cómo las PSC tienen que enfrentar la pandemia total que ha impactado el mundo, como un caso significativo sobre cómo la situación actual no ha tratado a toda la humanidad de la misma forma y con la misma intensidad. La existencia de las PSC en las redes múltiples de la desigualdad complica su sobrevivencia, pero aun así han resistido. Son un ejemplo de supervivencia, pero también de cómo la estructura social condiciona el acceso a la posibilidad de vivir o morir, incluso cuando suceden fenómenos que demandan la solidaridad global.

La pandemia total

La explicación más lógica sobre el desarrollo y expansión del COVID-19 en el planeta, según los estudios realizados hasta el momento (Ramonet, 2020), tiene que ver con un proceso de selección

natural. La convivencia entre seres vivos, que durante mucho no había estado juntos, hizo que los sistemas inmunológicos de algunas especies no fueran lo suficientemente fuertes para resistir la transmisión de patógenos y virus que impactaron directamente en la salud biológica de los seres contagiados. La especie que no ha podido resistirlo de manera natural, y que se encuentra en una pandemia desde hace ya varios meses, es la humanidad. Ésta no estaba lista para la convivencia con una serie de especies que albergaba virus muy dañinos para su salud, tanto que hasta el momento no se tiene la solución a ello.

Esa explicación, que apela a las teorías darwinistas de la convivencia entre especies no puede ser explicada por sí misma sin tener en cuenta a los procesos sociales que causaron eso, los cuales están directamente relacionados a cómo se ha desarrollado la civilización durante los últimos tiempos. Si se acepta la teoría de que el virus pasó de una especie a otra, hasta llegar a los seres humanos en la forma de COVID-19, se necesita establecer los mecanismos que lo causaron. En cierto sentido, esta es la parte más difícil de explicar, puesto que entran en juego múltiples factores del desarrollo de la sociedad que todavía necesitan ser investigados para tener mejores respuestas.

Un elemento que sí es necesario considerar, que está dentro de las diversas causas del surgimiento de esta pandemia, es la sobreexplotación de la naturaleza por parte de la sociedad. Esta explicación, más social que biológica o geológica, argumenta sobre el hecho de aprovechar en demasía y exceso a los recursos naturales del planeta (sin tener en cuenta un proceso de renovación periódica) que ha llevado a la civilización a estar en riesgo de la extinción masiva. Se ha pensado que la convivencia con animales exóticos (particularmente en China y países asiáticos) es lo que causó la existencia de este nuevo coronavirus. En parte es cierto, pero también lo es que los ecosistemas, de todas las especies que los humanos consumimos de manera doméstica, han sido sobreexplotados, lo cual es parte del mismo problema.

Las teorías alrededor de la noción del antropoceno sugieren que el impacto de la acción humana, sobre las capas geológicas de la tierra, ya es tan importante como el periodo comprendido en el holoceno, que era el impacto de la naturaleza sobre sí misma, en la búsqueda de un equilibrio necesario. El planteamiento va un paso más allá cuando se afirma que la acción humana no es la que estado desarticulado el funcionamiento de los ecosistemas, sino particularmente los efectos del capitalismo (en los últimos siglos) con la excesiva explotación de los recursos naturales para la generación de plusvalía. En ese sentido, Haraway (2016) llama a este fenómeno el “chthuluceno”, que es la forma en cómo el capitalismo y la destrucción que trae a la naturaleza es el que ha alterado la constitución geológica (y, por lo tanto, biológica) de la tierra y la humanidad que vive en ella. Esto implica transformar las relaciones sociales, en un mundo de todos contra todos donde no se respeta la vida y la muerte.

El capitalismo es la formación social sobre la cual se desenvuelve la civilización actual, caracterizado principalmente por componentes económicos, acerca de la utilización de cierto capital acumulado para producir mercancías y servicios cuyos redituables se concentran en unos pocos individuos. Estos beneficios superan excesivamente lo que llegan tener la cantidad inmensa de personas que aporta la fuerza de trabajo para la generación de esa riqueza (el plusvalor). No obstante, sucede que el capitalismo va más allá de ser un proceso económico. Lo que se acaba de mencionar sobre el “chthuluceno” es muestra de ello, de cómo una formación social ha podido impactar en la misma estructura de todo el planeta y sus relaciones sociales.

La humanidad se va destruyendo a la par de la naturaleza, el caso de las PSC da cuenta de ello. Esta población ni siquiera tienen las condiciones mínimas para vivir, mientras que otros acaparan los recursos que superan por mucho sus necesidades. Las relaciones de poder generan esas profundas divisiones sociales y, mientras tanto, la naturaleza resiste el daño que la sobreexplotación de los recursos ha causado.

En estos procesos descritos existe un elemento sustancial, es decir, las relaciones sociales que causan esos hechos y las que surgen de los mismos. El “estilo de vida” de gran parte de la población mundial (fomentado por el desarrollo del sistema capitalista) impacta en las causas de la existencia de la pandemia total. El consumo de carne, compra y venta de especies exóticas es la cara más visible de ello, pero los ecosistemas también se han alterado debido a la expansión de las urbes y a la creación de nuevas vías de comunicación y transporte. La explotación de combustibles fósiles, la falta de cuidado a los mantos freáticos, la tala de bosques, y un sinnúmero de fenómenos medioambientales son factores que impactan en lo que hemos estado viviendo durante los últimos tiempos.

Estos elementos se han conjugado para la existencia de la pandemia, pero ésta también ha propiciado múltiples cambios en la sociedad. Han (2020) menciona como el poder de los Estados nacionales ha resurgido o, al menos, se ha vuelto más visible. Es la vuelta a la soberanía, como el mismo autor lo menciona, puesto que en todo el mundo son los Estados, a través de los gobiernos centrales, las voces “autorizadas” para hablar en nombre de su población respecto a la pandemia. Esto no significa que sean exitosos en contener los efectos del COVID-19, muchas veces no lo son, pero sí que han retomado el ejercicio del poder para llevar la rienda de la sociedad.

Uno de los elementos que varios autores ya han descrito (Han, 2020; Ramonet, 2020) es la hiperseguridad que se ha desarrollado, apoyada en los avances tecnológicos más útiles para ello. Con el propósito de cortar las cadenas de contagios, muchas personas han aceptado que el Estado las vigile y las limite en sus actividades; incluso ellas mismas se vigilan entre sí, acusando a quienes no acatan las reglas que imponen los gobiernos centrales.

Todos estos elementos dan cuenta de que la pandemia actual es un hecho social total, debido a que es del tipo de fenómenos que “ponen en juego a la totalidad de la sociedad y de sus instituciones” (Mauss, 1979, p. 259). La fuerte conexión que existe en la sociedad, y las relaciones sociales que dependen unas de otras, a pesar de estar en partes muy lejanas del mundo, hizo que lo que surgió en un lugar se expandiera rápidamente hacia todo el planeta. No solo tuvo consecuencias de salud (cuestión que es la más evidente), sino también de otro tipo. La dinámica de la sociedad cambió en todos los ámbitos de la vida diaria. Esta pandemia ha demandado quedarse en los hogares y distanciarse lo más posible de las personas, con el fin de no contagiarse unas a otras. El impacto inmediato se sintió en el trabajo, la educación y las relaciones interpersonales.

Se obligó a vivir de otra forma, con mayor reserva. Aun siendo escépticos a la pandemia, muchas personas tuvieron que adaptarse a las medidas, a usar el tapabocas diariamente y a tener que utilizar las sustancias antibacteriales en cada lugar por el que transitan. Las reuniones de personas han cambiado, el mundo digital tuvo un auge todavía más grande de lo que ya se venía presentando.

Como afirmó Marcel Mauss, apoyado en los planteamientos de Émile Durkheim, hay hechos sociales que impactan el total de las relaciones sociales, pues parten de un mismo punto. En este

caso ha sido la pandemia, no solo es un problema sanitario, sino un fenómeno total, pues se expandió a todos los ámbitos de la vida social. La pandemia constriñe a las personas, hace que sean obligatorias las reglas que demanda. Los individuos sienten cómo este fenómeno tiene impacto en sus vidas, las ordena de una manera distinta y no pueden escapar a ello por su propia agencia, ya que se ha hecho algo más grande que los individuos; tiene una existencia casi ontológica. Sin embargo, como todo hecho social, la pandemia también es una construcción social, es decir, son los sujetos los que han creado el escenario para que las cosas sucedan como han pasado.

El COVID-19 tiene una existencia biológica, pero su impacto más grande ha sido en las relaciones sociales. Uno de esos fenómenos es la forma en cómo la pandemia ha impactado de manera muy diferenciada a los sujetos, donde la desigualdad existente ha sido un elemento clave.

La pandemia impactó la totalidad de las instituciones y relaciones sociales, pero no lo hizo de la misma manera con toda clase de sujetos y poblaciones. Para Gustavo Esteva y Madhu Suri Prakash (en Mohanty, 2008) el mundo tiene una división histórica que no obedece necesariamente a la dualidad entre el mundo “desarrollado” y “subdesarrollado”, o “primer” y “tercer” mundo, sino más bien a configuraciones geográficas y sociales alrededor de un tercio y dos tercios del mundo. En el mundo del privilegio (un tercio del mundo) los individuos tienen cubiertas sus necesidades elementales, están cubiertos frente a la exclusión debido a factores étnicos y de género, además de que su estatus de ciudadanos es indiscutible. Por otra parte, en los dos tercios del mundo, las personas son vulneradas y violentadas sistemáticamente. Los “no privilegiados” pueden estar en toda clase de países, incluso en grandes centros económicos y políticos, pues son experiencias concretas de exclusión y vulnerabilidad.

Las PSC, junto con una gran cantidad de poblaciones, se encuentran en esas dos terceras partes del mundo. También han sentido los efectos de la pandemia, la han sobrevivido muchos y otros más han perecido. Experimentan todos los días los constreñimientos que otras personas también viven y, al igual que ellas, no tienen el poder para decidir el fin de este proceso. No obstante, la experiencia de vivir la pandemia es notablemente distinta. Las condiciones sociales de las que parten, en primer lugar, imposibilitan seguir las normas tal y como se requieren para tener la mayor prevención posible. Estando a la intemperie, son altamente vulnerables para ser contagiados con este coronavirus. Acatar la regla de permanecer en casa es una imposibilidad para las PSC, debido a que para estas su hogar es la vía pública (Bachiller, 2013).

Estas son tan solo unas de las condiciones que hacen distinta la forma en que las PSC han vivido la pandemia. Sin embargo, hay todo un entramado de múltiples desigualdades en las que se inscriben, haciendo que sea todavía más difícil su situación de la que ya era antes de que esto sucediera en todo el mundo.

La desigualdad multidimensional

Uno de los fenómenos que se hicieron más evidentes durante la pandemia total ha sido la gran desigualdad que existen en muchas partes del mundo. No es que antes no se visibilizara la desigualdad, pues desde hace bastante tiempo tanto investigadores, como organizaciones de todo tipo (civiles, gubernamentales, religiosas), han teorizado y denunciado lo que los efectos de la desigualdad generan en la sociedad.

Lo que ha sucedido, a raíz de los hechos que estamos viviendo, es que la desigualdad se hizo todavía más fácil de ver. Muchas más personas se empezaron a dar cuenta de cómo una gran cantidad de poblaciones, como el caso de las PSC, ni siquiera pueden quedarse en casa para resguardarse de los efectos del coronavirus. Eso fue causado por la desigualdad que existía previamente, cuyo efecto en la pandemia fue que esas poblaciones se enfrentaran a una amplia diversidad de dificultades.

El origen de la desigualdad existente en el mundo, que con la pandemia salió a relucir de manera más clara, es difícil de localizar. Para Karl Marx, la desigualdad es consecuencia del lugar que tienen los sujetos sociales frente a los medios de producción (Collins, 1996). Marx teorizó que, históricamente, la sociedad se ha dividido en clases sociales, las cuales han cambiado sus condiciones al pasar el tiempo, pero que en términos generales se han dividido en dos grandes grupos: los explotadores y los explotados. El primer grupo, ante todo, se caracteriza por su situación privilegiada ante los medios que producen la riqueza en el mundo, es decir, por su posesión sobre los recursos naturales, razón por la cual pueden mandar a quienes necesitan de los frutos que da esa riqueza. Por otra parte, la situación del grupo dominado se caracteriza por no ser dueño de esos recursos, pero sí de la fuerza con la cual se pueden crear cosas que se consumen o intercambian, generando así la riqueza de la sociedad.

Con muchos matices más acerca de la distinción de clases, sobre todo con el momento histórico del que se hable, la situación de la sociedad está dividida en dos clases generales, descritas anteriormente. En el caso del sistema capitalista (formación social todavía imperante), la situación de las clases se divide, según el planteamiento de Marx, entre quienes son dueños de los medios de producción (La burguesía) y la de quienes, con su fuerza de trabajo, utilizan los medios para generar riqueza que no les pertenece, ya que los medios con los que la crean no son suyos. Estos son planteamientos creados hace dos siglos, razón por la cual se podría suponer que algunas condiciones han cambiado desde que se observó una realidad para teorizarlo, diferente de la actual. Independientemente de ello, el aporte de Marx es situar las condiciones objetivas de la desigualdad no solo por motivos económicos acerca de quién tiene más y quién tiene menos, sino entender la posición de los sujetos en los procesos productivos. Esto es relevante debido a que, sea cual sea la situación histórica, la humanidad necesita sobrevivir y producir cosas para ello. La posición de los sujetos en ese proceso es factor de desigualdad.

A pesar de lo convincente que pudiera ser el planteamiento anterior, tiene algunos elementos faltantes para la comprensión holística de la desigualdad. Generalmente, estos elementos se atribuyen a otros factores diferentes a las condiciones objetivas de los sujetos. Comprender la organización de la sociedad, sobre todo en el aspecto de cómo se genera la desigualdad, necesita también introducir elementos más allá de lo económico. Para Max Weber (1996), las partes faltantes para entender la desigualdad son el rol de los sujetos en la sociedad y su estatus, que son cuestiones subjetivas, debido a que implican valoraciones, significados e interpretaciones diversas.

Por una parte, el rol es la función que un sujeto tiene. Eso no quiere decir que su posición sea inmóvil o vaya a tener el mismo rol para siempre, sino que es la posición de la que parte y que puede tener más o menos privilegio. Debido al tipo de rol que se esté desempeñando en el momento, se va a posicionar frente al fenómeno de la desigualdad, ya sea para estar más arriba o abajo. Además, el rol lleva consigo una valoración subjetiva acerca del significado de esa posición social. Es lo que se conoce como el estatus. Éste, junto con el rol social, generan una posición

concreta en el entramado social. Las funciones que tienen los sujetos van acompañadas de lo que se piensa de ellas, que puede ser más negativo o más positivo. Cabe aclarar que la noción de rol no tiene que ver, en esta teorización, con que el sujeto es “funcional” o no para el sistema, es decir, bajo una lógica utilitarista. Por función se entiende mejor lo que el sujeto hace en su vida diaria, sea lo que sea, sin importar si aporta a la reproducción u obstrucción del sistema social imperante.

Los aportes de Marx (Collins, 1996), respecto a la posición en un sistema económica en torno a clases, y las nociones de estatus y rol, de Weber (1996), acerca de los componentes subjetivos que influyen en la posición social de los sujetos, apuntan a una discriminación que puede ser entendida en términos multidimensionales. A pesar de ya estaban allí previamente, estos efectos se recrudecieron con la pandemia en poblaciones como las PSC,

Para Reygadas (2004 & 2008) la desigualdad no puede ser vista desde un solo aspecto si es que se desea comprender en su totalidad. Son importantes los factores objetivos, como la posición económica, al igual que las valoraciones subjetivas sobre el estatus y rol. No obstante, la desigualdad sucede de tal forma que esos ámbitos son intrínsecos a la experiencia de vivir en condiciones desiguales. Eso sucede porque la desigualdad se genera y reproduce en las relaciones sociales, en la interacción entre sujetos. Existen posiciones objetivas y valoraciones subjetivas, pero estas tienen sentido cuando en el contacto entre personas se ponen en marcha esos elementos.

Reproducidas en las mismas relaciones sociales, la desigualdad tiene múltiples dimensiones. Estas se reflejan en estrategias político-simbólicas que puedan ser captadas a través de la observación y análisis de la realidad social (Reygadas, 2004). En resumen, esas estrategias son:

- a) *Generar características positivas al grupo que se pertenece.* Siendo parte de un gremio, una comunidad, un Estado u otro tipo de organización social, se tiende a establecer que es la forma “normal” de pertenencia. Tanto las condiciones objetivas como subjetivas, del grupo social al que se adscribe, se llegan a entender como la única forma de estar en el mundo. E
- b) *Fomentar características negativas a lo ajeno.* Ligado al punto anterior, se llega a valorar despectivamente a lo desconocido y parte de otro tipo de grupos sociales, cuyas características no corresponden con el grupo de adscripción. Se generan actos discriminatorios y de rechazo hacia otras formas de ser y estar en el mundo.
- c) *Universalizar los intereses particulares.* Cuando se juntan los productos de las relaciones sociales basadas en los aspectos antes mencionados, se establece un tipo de vida como lo válido para todo. Frente las pautas universales, se empieza a distinguir y discriminar de la diversidad existente fuera de lo que el grupo social en cuestión considera válido y legítimo.
- d) *Establecer fronteras y distancias sociales.* El resultado final es hacer que los sujetos “ajenos” no puedan acceder ámbitos que están reservados a un cierto grupo social. Son límites entre lo que se puede hacer y no, sobre lo que es permitido y negado. Sujetos de distintos grupos se distancian y se crean relaciones desiguales, en las que unos acaparan más recursos que otros.

Específicamente, sobre las fronteras y distancias sociales que genera la desigualdad, estas se establecen respecto a diferentes tipos de recursos o cuestiones simbólicas que fomentan u obstruyen la posición y valoración de los sujetos. La desigualdad se agrava cuando las fronteras sociales dependen de:

- a) Su impermeabilidad. Como lo menciona este planteamiento de Reygadas (2004), la desigualdad se aprecia desde distintos frentes, dado que es multidimensional. Las fronteras sociales pueden permitir los grupos sociales dejen entrar a unos sujetos y a otros no. Las cosas dependen del tipo de relaciones dadas.
- b) La bilateralidad. Cuando existen relaciones desiguales, los recursos se mueven más hacia un lado y son más valorados socialmente. Este concepto refiere a la forma en que se dan los intercambios, si se pueden mover de un grupo a otro y viceversa, o van hacia una sola dirección.
- c) El tipo de flujos. Hay recursos que se intercambian y otros que no. La valoración social sobre lo que es más “preciado” y lo que es “digno” de ser compartido con los demás son parte del tipo de flujos que se transmiten entre grupos sociales.

Las múltiples dimensiones de la desigualdad, que se pueden entender a partir de estas estrategias político-simbólicas, obedecen a múltiples fenómenos. Para ejemplificar, uno de ellos, que también acontece en la vida de las PSC, es la estigmatización territorial, la cual condensa los aspectos antes mencionados:

La estigmatización territorial estimula también, en los habitantes, estrategias sociófugas de evitamiento mutuo y puesta a distancia que exacerban los procesos de fisión social, alimentan la desconfianza interpersonal y minan el sentido de destino necesario de la comunidad para emprender acciones colectivas (Wacquant, 2007, p. 47).

El estigma que se genera, de acuerdo al lugar en el que vive una persona, es parte importante de su experiencia de vida. El espacio que habitamos (la calle, el barrio, la colonia) condiciona el acceso a los recursos que se pueden disponer. Además, a partir de allí es que se crean relaciones sociales que le dan significado al estar en el mundo. Cuando un espacio empieza a ser valorado negativamente y se establecen un “tipo” de sujetos que pertenecen a ese lugar, empieza el estigma, lo cual hace que quienes padecen los resultados de ello se enfrente a condiciones desiguales frente a quienes habitan otros espacios.

La desigualdad, tanto en el fenómeno del estigma territorial, como en otros, se ha potenciado a partir de los estragos resultantes de la pandemia global. Las PSC no son un caso más entre ellos, sino la forma en que una totalidad influye en unas condiciones de vida ya por sí vulnerables. La manera en cómo la desigualdad se aprecia en las PSC, a raíz de la pandemia, se puede mostrar a través de estos planteamientos sobre la desigualdad multidimensional y sus estrategias políticas simbólicas.

Las consecuencias: el caso de las PSC

Para empezar, es necesario establecer que ser una PSC no es una identidad, sino un fenómeno socio-antropológico (Bachiller, 2013; Restrepo 2016) con rasgos biológicos y psicológicos (Ruiz, 2015). La característica más evidente de las PSC es, precisamente, ese hecho particular de vivir en el espacio público. Frente a la falta de mejores condiciones de vida, recurren al espacio que es accesible para el público en general, ya sean plazas, parques o las mismas calles y avenidas. Si bien ese es el aspecto más evidente, este fenómeno social no se limita a ello:

estar en situación de calle no se reduce a quienes literalmente utilizan el espacio público como lugar de pernocte, sino que está atravesado por dimensiones culturales, políticas, históricas, sociales y económicas. En tanto que problemática social compleja, constituye una de las formas en la que se expresa la exclusión social propia en los contextos urbanos, caracterizada por diferencias económicas, desigualdades jurídicas y desafilaciones sociales y que se traducen en la vulneración de derechos (Restrepo, 2016, p. 164).

Esas condiciones de vida están lejos de ser las que engloben el modelo hegemónico de “persona”. Difícilmente las PSC pueden ejercer su ciudadanía completa, ya sea por discriminación o por desconocimiento de la misma. De la misma forma, su incorporación al mercado laboral es inestable. Sus vínculos familiares (en caso de haberlos tenido) se han deteriorado, hasta llegar a ser inexistentes. Este desapego de instituciones básicas de la sociedad es parte, al mismo tiempo, de cómo se van incorporando a la vía pública como su nuevo espacio de vida.

El hecho de que la persona se sienta incorporada plenamente a la vida en calle también es parte de cómo se afilia a nuevas instituciones. Su nuevo hogar pasa a ser la calle, espacio que no solo usa para fines de supervivencia, sino a través del cual genera nuevas relaciones sociales y les da un significado subjetivo (Bachiller, 2014).

La desafilación con las instituciones básicas de la sociedad (la familia, el trabajo, el Estado) hace que las PSC vayan padeciendo la desigualdad desde múltiples frentes. Las dimensiones engloban desde lo económico hasta lo político. Del tener que buscar la supervivencia día con día, sin tener asegurada la propia alimentación, hasta la falta de participación en los ámbitos de representación democrática.

Las PSC preexisten a la pandemia, pero sus condiciones de vida se ven impactadas de manera material y simbólica. Artículos periodísticos, en el caso de México y la ciudad de Guadalajara, ya han alertado sobre cómo se han deteriorado las condiciones de estas poblaciones. Varios de esos reportajes daban a conocer cómo es que las PSC estaban cada vez más vulnerables frente a los efectos del COVID-19, dado que para ellas es imposible acatar la orden-recomendación de quedarse en casa (Bañuelos, 10 de agosto, 2020). En la ciudad de Guadalajara, una de las de mayor centralidad en el país, también se alertó de cómo las PSC estaban incluso peor que antes (Flores, 4 de abril, 2020). Incluso, se llegó a reportar cómo muchas personas empezaron a recurrir a la vida en calle, debido a que perdieron el empleo por causa de la pandemia (Pradilla & Aquino, 15 de julio, 2020).

México no fue el único país en vivir este tipo de fenómenos. La misma CEPAL (2020) alertó a los gobiernos de la región para que tuvieran en cuenta a todas esas poblaciones que no pueden resguardarse ante el coronavirus. Dentro de esas poblaciones se hacía referencia a las PSC que, al vivir a la intemperie, son altamente propensas a contagiarse de COVID-19 y facilitar el contagio con los transeúntes.

No solo es que se hayan agravado las condiciones de vida de las PSC, sino que la pandemia hizo que se evidenciaran las múltiples formas en que funciona la desigualdad. Estos hechos se han reflejado en las estrategias político-simbólicas que propone Reygadas (2004), para comprender las múltiples dimensiones que tiene la desigualdad, se tiene que ir más allá de lo evidente. Es cierto que las PSC están en condiciones desiguales por el aspecto económico y político, pero, además,

existen mecanismos a través de los cuales se nota una marcada diferencia entre ser y no ser de la calle.

Las PSC no pueden resguardarse ni encerrarse, lo que contrasta con las órdenes remarcadas por todos los gobiernos y organizaciones de salud de todo el mundo. No lo hacen por desacato a la regla, sino porque les es imposible. Tienen que estar, por fuerza, viviendo en la vía pública. A raíz de ese hecho básico de no quedarse en casa (surgido con la pandemia) y lo que representa vivir en la calle (posterior a la misma), se empiezan a visibilizar los elementos sobre los cuales se fundamenta la desigualdad que padecen las PSC y la discriminación que eso conlleva.

Ciertos sectores de la sociedad condenan a esas personas que no acatan las reglas para evitar el contagio de COVID-19. Se les menciona mediáticamente y se les señala de irresponsables por ser agentes que “propagan” el virus debido a sus “irresponsabilidades”. En este sentido, se empiezan a filtrar las estrategias se etiquetar al otro negativamente, a partir de las consecuencias de la pandemia. Las PSC ya eran señaladas anteriormente por varios aspectos, los cuales fomentaban la discriminación que viven y su exclusión social. Algunos de los estigmas tienen que ver con su apariencia y sus comportamientos públicos (Boy, Marcus & Perelman, 2013), los cuales para ciertos sectores están fuera de la “normalidad”. Ahora, con la pandemia, se les agrega el mote de irresponsables, por no acatar las normas que se exigen ante la contingencia actual.

Es señalamiento, cuya faceta más evidente sería la discriminación directa, fortalece la división simbólica entre grupos sociales. No se quiere acercarse a las PSC ni a su modo de vida, dado que es un grupo social que no encaja bajo los estándares de la normalidad, pues sus características no están dentro de parámetros universales. Al contrario, se piensa a las PSC como un accidente, como algo que hay que cambiar o eliminar. Todo esto sin tener en cuenta de que es un hecho social producto de las condiciones estructurales e históricas de la sociedad.

La distinción hacia las PSC va generando que estos se alejen del modo “normal” de ser, no solo de manera simbólica, sino también material. Respecto a los tipos de flujos que se intercambian, sucede que las PSC tienen el papel de ser receptoras de cuidado, dado que un discurso paternalista hacia ellas establece que por sí mismas no pueden satisfacer sus necesidades. Se les trasmite asistencia social, para que sobrevivan, pero condicionada por las capacidades de los sujetos que la proveen. Por su parte, las PSC tienen poco que ofrecer en términos materiales. En otros sentidos, como la transmisión de saberes, la discriminación misma hace que no se acepte como válida la experiencia que tienen.

Existe poco contacto entre PSC y otros grupos sociales que no tengan que ver con la asistencia social o con investigadores interesados en conocerlas. Está muy marcada la frontera entre ser de la calle y no serlo. Eso hace que los intercambios sean pocos y que no vayan más de esos ámbitos antes mencionados. A raíz de la pandemia, todo el conocimiento generado a partir de la protección y el cuidado contra el COVID-19, también ha excluido a las PSC.

Es una exclusión que se genera desde varios aspectos, lo cual también da cuenta de la desigualdad múltiple que los condiciona. El elemento más característico de esa exclusión, que ya se ha mencionado, es la recomendación-orden de quedarse en casa. En términos de desigualdad, sobre todo simbólica, pero también material, es un dictado que encubre fuertes divisiones sociales, que no se tienen en cuenta por las instituciones globales que elaboran las medidas sanitarias. Quedarse

en casa supone que existen las condiciones materiales para hacerlo, las cuales al ser “universales” para quienes elaboran las medidas, son al mismo tiempo incuestionables y tienen que ser acatadas. Las PSC, por definición, están excluidas de esa medida, dado que al momento de generarla se pensó en qué es lo mejor para todos, sin tener en cuenta los fenómenos sociales que no encajan en esa supuesta mayoría.

Ahora, se dice supuesta mayoría porque si las instituciones que generan esas medidas, realmente lo hicieran a través de nociones objetivas, tendrían más cuidado y matizarían sus recomendaciones-órdenes. Tan solo en México, uno de los países miembros de la OCDE, se registra un Coeficiente de Gini de 0.454% según datos del Banco Mundial (2021) para el año 2018. México no es el país más desigual del mundo, pero tampoco está nada cerca de ser los menos desiguales (cuyos coeficientes oscilan cerca del 0.25%). Sin embargo, la desigualdad existente en un país de 120 millones de personas es gigantesca. Si se tomaran en cuenta estos datos, las recomendaciones-órdenes de las instituciones sanitarias y gobiernos del mundo generarían planeas más realistas, más apegados a los hechos sociales realmente existentes. Lo que se ha hecho, es generalizar al total de la población como si los intereses particulares de unos cuantos grupos sociales, aplicaran de igual medida para todos. El caso de las PSC es de los más representativos, pero como ellas, gran parte de la población se ve impedida para seguir las reglas tal como se establecen.

La otra recomendación-orden más popular ha sido mantener la distancia social. Para las PSC es otra barrera simbólica, dado que vivir en la calle no te aleja tanto de los demás como quienes tienen las condiciones para encerrarse en un espacio determinado. Se busca la manera de hacerlo, pero sigue siendo una constante la dificultad de acatar las medidas literalmente.

Muchos otros señalamientos se han hecho para prevenir el contagio del COVID-19. La correcta higiene y uso de dispositivos para la prevención son unos de esos mecanismos que se han publicitado. Justo en esta parte viene otra frontera con la que lidian las PSC, que es su dificultad para acceder a la información. Se dice que es importante lavarse las manos constantemente, además de utilizar desinfectantes y estar con la cara cubierta cuando se tenga contacto con otras personas. Esos mensajes llegan a través de diferentes medios, pero sobre todo se han dado a conocer de manera electrónica en todo el mundo, por la televisión y el internet principalmente. El acceso de las PSC a estos dos medios es muy limitado, muchas ni siquiera cuentan con un dispositivo para informarse, lo que hace que las recomendaciones-órdenes les lleguen a destiempo, pues recurren a otros medios más personales, que no tienen la rapidez de la conectividad actual.

Se pueden mencionar otros hechos como los que se han estado exponiendo, pero lo más importante es tener en cuenta esas estrategias que generan la desigualdad frente a la que se encuentran las PSC.

Conclusión

La situación actual del mundo ha impactado todos los ámbitos de la vida social. La pandemia global por COVID-19 se convirtió rápidamente en un hecho social total (Mauss, 1979); surgió en una parte muy específica del mundo, pero se expandió a todo el planeta y ha cambiado la forma de relacionarnos. Desde hace más de un año que se sienten sus efectos, muchas cosas no han regresado a ser como antes y puede que nunca regresen a serlo. Frente a esta situación, distintos

sectores de la sociedad accionaron para contener los efectos mortales que ha causado esta histórica contingencia sanitaria.

En este trabajo, se retomó el caso de las PSC que, al no tener las mismas condiciones que otros grupos sociales para resguardarse frente a la contingencia sanitaria, se recrudeció la exclusión y la desigualdad que las condiciona. Los elementos aquí presentados, sirven como un primer paso en un marco teórico para comprender la desigualdad multidimensional que se recrudece con la pandemia total, específicamente en el caso de las PSC.

Al establecer el plan de acción frente al COVID-19, las instituciones globales y los gobiernos del mundo no tuvieron en cuenta estas experiencias, porque su forma de actuar apelaba lo que consideraban como intereses y posibilidades universales. No se tuvo en cuenta que existen fenómenos sociales que no se adaptan de manera exacta a los dictados que se han publicitado desde hace más de un año, y que siguen siendo todavía el modo imperante de “protegerse” en la pandemia.

Para Reygadas (2004), extrapolar el modo de vida de un cierto grupo social a todos, y considerarlo como la norma válida con la cual se mide todo lo demás, es parte de las estrategias político-simbólicas sobre las cuales se desarrolla la desigualdad multidimensional. Eso hace que se empiecen a crear estigmas y discriminación hacia quienes no encajan en ello, en el caso de las PSC es algo que ya se vivía anteriormente a la pandemia, pero que tomó nuevas dimensiones con la aparición de ésta.

Las PSC es el fenómeno que se utilizó para dar cuenta de cómo la pandemia demuestra y hace más grandes y evidentes las formas en que opera la desigualdad en el mundo. Otras poblaciones se encuentran en situaciones similares, que al igual que las PSC, acatar las recomendaciones-órdenes impacta directamente a la forma en que viven. No se trate de que los sujetos quieran desacatar lo que se les pide frente a la contingencia sanitario, sino que sus condiciones sociales les impide, de una u otra manera, alinearse ante esas acciones.

La necesidad resultante de ello, que también ayudaría a la contención de los efectos de la pandemia, es tomar en cuenta todos esos casos que no son universales y que requieren acciones concretas. Tampoco hay que pensar que, como las PSC, todas esas poblaciones que no se pueden proteger frente al COVID-19 son casos particulares. Al contrario, hay millones de personas en todo el planeta con dificultades similares. Si se sigue tratando de contener la pandemia con recomendaciones universales, se deja de lado toda la experiencia que tienen las dos terceras partes del mundo (Mohanty, 2008), lo cual a la postre dejará más muertes de las que al momento se han acumulado. La desigualdad que existe en el mundo está causando muchas muertes, la pandemia vino a recrudecer eso. La urgencia de parar esa avalancha tiene que considerar las condiciones en las que viven todos los habitantes del mundo, no solo unos cuantos en posiciones privilegiadas.

Bibliografía

Bachiller, S. (2013). Un análisis etnográfico sobre las personas en situación de calle y los sentidos de hogar. *Sociedade e Cultura*, 16(36), 81-90.

Bachiller, S. (2014): “Procesos de atrincheramiento”: un análisis etnográfico sobre las dinámicas de consolidación en la situación de calle. *Cuadernos de Trabajo Social*, 27(2), 375-383.

- Banco Mundial. (2021). *Índice de Gini*. Base de datos en línea. Consultada el 22 de enero de 2021. Disponible en: https://datos.bancomundial.org/indicador/SI.POV.GINI?most_recent_year_desc=false
- Bañuelos, J. (2020, 10 de agosto). *¿Cómo afectó la pandemia a las personas en situación de calle?* Territorio. <https://territorio.mx/como-afecto-la-pandemia-a-las-personas-en-situacion-de-calle/>
- Boy, M., Marcús, J. & Perelman, M. (2013). La ciudad desde los márgenes. Adultos que viven en la calle y mujeres migrantes que viven en hoteles pensión. Ciudad de Buenos Aires, 2007-2011. *X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires*. Ponencia. Buenos Aires. Disponible en: <http://cdsa.aacademica.org/000-038/93>
- CEPAL. (2020). *El Desafío social en tiempos del COVID-19*. Informe especial. Publicado el 12 de mayo de 2020. Disponible en https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/45527/5/S2000325_es.pdf
- Collins, R. (1996). *Cuatro tradiciones sociológicas*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Flores, S. (2020, 4 de abril). *Enfrentan pandemia mil 500 personas en situación de calle en Guadalajara*. El Informador. <https://www.informador.mx/jalisco/Enfrentan-pandemia-mil-500-personas-en-situacion-de-calle-en-Guadalajara-20200404-0095.html>
- Han, B. C. (2020, 22 de marzo). *La emergencia viral y el mundo de mañana*. El País. <https://elpais.com/ideas/2020-03-21/la-emergencia-viral-y-el-mundo-de-manana-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-piensa-desde-berlin.html>
- Haraway, D. (2016). Antropoceno, capitaloceno, plantacionoceno, chthuluceno: generando relaciones de parentesco. *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, 1(3), 15-26.
- Mauss, M. (1979). “Ensayo sobre los dones. Motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas”. *Sociología y antropología*. Madrid: Editorial Tecnos, 153-263.
- Mohanty, C. (2008). “De vuelta a Bajo los ojos de Occidente: la solidaridad feminista a través de las luchas anticapitalistas”, en Suárez, Liliana y Hernández, Aída (ed.), *Descolonizando el Feminismo: Teorías y Prácticas desde los Márgenes*. Editorial Cátedra: Madrid, 407-464.
- Pradilla, A. & Aquino, E. (2020, 15 de julio). *‘Nunca había vivido en la calle’: perder la casa y el empleo por culpa del COVID-19*. Animal Político. <https://www.animalpolitico.com/2020/07/vivir-calle-casa-empleo-epidemia-covid-19/>

- Ramonet, I. (2020). La pandemia y el sistema-mundo. *Le Monde Diplomatique*. Disponible en <https://www.eldiplo.org/wp-content/uploads/2020/04/Ramonet-pandemia-sistema-mundo.pdf>, 1-33.
- Restrepo, A. (2016). El ser humano al límite: una mirada reflexiva al habitante de calle. *Drugs and Addictive Behavior*, 1(1), 89-100.
- Reygadas, L. (2004). Las redes de la desigualdad: un enfoque multidimensional. *Política y cultura*, (22). Disponible en <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=26702202>, 7-25
- Reygadas, L. (2008). “Tres matrices generadoras de desigualdades”, en Cordera, Rolando, Ramírez, Patricia y Ziccardi, Alicia (coord.), *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI*. México: Siglo XXI Editores, UNAM, 92-114.
- Ruiz, C. (2015). “Elementos mínimos que las intervenciones con personas en situación de calle deben considerar según la naturaleza del fenómeno”. *La calle como objeto de estudio. Compendio de tesis sobre el fenómeno de calle*. México: EDNICA, 130-142.
- Strickland, D. (2015). *Las interfaces callejeras: logros, desafíos y oportunidades para las organizaciones de la sociedad civil*. México: Centro Mexicano para la Filantropía.
- Vasilachis, I. (2003) *Pobres, pobres, identidad y representaciones sociales*. España: Gedisa.
- Wacquant, L. (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Argentina: Siglo XXI Editores.
- Weber, M. (1996). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.